

Tenebrosa Lucinda

Sunny



Traducción de Gonzalo Gómez Montoro



PANDORA

Libros publicados de Sunny

MONÈRE, LOS HIJOS DE LA LUNA

1. El despertar de Mona Lisa
2. El florecer de Mona Lisa

Próximamente:

3. *Mona Lisa Craving*

CRÓNICAS DE LA PRINCESA DEMONIO

1. Tenebrosa Lucinda

Próximamente:

2. *Lucinda, Dangerously*

Título original: *Lucinda, Darkly*
Primera edición

© DS Studios, Inc., 2007

Ilustración de portada: © *Woman wearing a red robe* by Paul Vozdic/Getty Images.

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-682-7 Depósito Legal: B-11788-2011

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

A Kathryn Falk, dama de Barrow, fundadora de
Romantic Times. Eres una inspiración.



La noche caía lentamente con sus dedos violetas de crepúsculo. El final del día para muchos, para mí tan solo el principio. El frescor vigorizante de Nueva Inglaterra fluía como seda a través de mi piel. Aire de Masachusets. Más fresco que el de Nueva York; mucho menos cargado para mis sentidos. Pero incluso aquí, en Berkshire Hills, seguía habiendo muchos.

Ellos eran muchos. ¡Y nosotros tan pocos!

Los latidos de mi corazón eran como el goteo de mil grifos estropeados. Solo yo era consciente de esos preciosos latidos de vida, como un tamborileo de fondo constante. Consciente de lo que yo misma ya no poseía.

Mi corazón no latía. Yo no respiraba. Y aun así, caminaba y discurría entre ellos, pero no era una de ellos. Aparte. No viva, sino muerta. Una demonio muerta, para ser precisos. Pero, realmente, ¿qué era estar muerta? Había tenido más de seiscientos años para darle vueltas y más vueltas en mi cabeza a esa palabra, a esa definición elástica que, como había visto, podía estirarse perpetuamente. ¿Estaba viva? Según los humanos, no. Pero ¿estaba muerta? Según ellos, tampoco. Porque yo hablaba. Pensaba. Sangraba. Lloraba. Existía en la delgada línea que había entre los dos mundos.

Los ojos se posaban en mí como roces invisibles. Miradas intensas sobre mi cuerpo exuberante, mi figura pequeña y hermosa, el tono dorado de mi piel, mis labios color rojo malva. Nada raro que me situara al margen de los demás, salvo las largas y rizadas hebras de mis

trenzas doradas. No eran rubias, sino oro puro. Como si un millón de hebras de seda, extraordinariamente finas, hubiesen sido tejidas por una araña. Mientras caminaba, flotaban tras de mí, etéreamente livianas: comprendían del castaño rojizo al rubio miel. De un modo u otro se mezclaban para convertirse en un solo color. El bamboleo ondulado de mis caderas era espontáneo, fluido y femenino. La mujer por excelencia. Algo irónico, en realidad. Porque esto era lo que no había sido en muchos años, décadas... siglos. Una mujer. Una mujer, sencillamente.

Me reí silenciosamente de lo engañosas que pueden ser las apariencias, lo que atrajo aún más miradas por parte de los humanos. Que miren. Que rindan su homenaje silencioso a esta falsa diosa de la feminidad. Quizá hayan visto mis uñas afiladas como cuchillas, ahora cubiertas discretamente con guantes... Pero no. Ni siquiera en ese caso habrían sabido su significado. Solo alguien como nosotros... Ah, otra vez esa palabra: «nosotros». Incluso ahora, después de tanto tiempo, todavía me traicionaba a mí misma. No, como nosotros, no. Alguien como lo que yo fui. Solo ellos sabrían lo que yo era ahora.

Como si mis pensamientos lo hubieran evocado, el golpear lento de un latido atrajo mi atención en la recién caída noche. Lento, muy lento. Inhumanamente lento. Latiendo a la mitad de la velocidad que en todos los demás, su ritmo distinto y perezoso atronaba en mi oído como un toque de trompeta.

Lentamente, me detuve y miré a mi alrededor buscando su origen. Entonces fue cuando vino hacia mí. Un hombre alto, de hombros anchos, caderas esbeltas y piernas largas. Piel pálida bajo la caricia plateada de la luna. Pelo negro oscuro. Labios carnosos, rojos de pecado, tan tentadores como la manzana de Eva. «Ven y pruébame», me incitaban. Oh, me moría por acatar aquella súplica silenciosa.

Se movía grácilmente, dejando una estela de miradas admirativas e ignorantes. Su belleza dulce, tan falsa como la mía, encandilaba a las almas inocentes. Era un depredador peligroso... como yo. El cosquilleo que despertaba su presencia era inconfundible. Un guerrero monère.

Vestía como los humanos, con el pelo muy corto y a la manera de estos, y estaba acompañado de un joven humano. En realidad, un

chico de no más de dieciocho o diecinueve años, tan alto como el guerrero, pero con la delgadez propia de la juventud. Charlaba con el guerrero de modo animado y familiar.

¿Qué hacía aquí este monère, solo, en este pueblecito arbolado, tan lejos del territorio que ellos solían patrullar, de las grandes ciudades y las bulliciosas metrópolis?

Nuestras miradas se cruzaron, se encontraron y mantuvieron unidas largo rato. Mientras pasaba a su lado, sonrió inocentemente, con indiferencia. Me impresionó... y me hirió. No fue la sonrisa en sí, sino la inconsciencia, su desconocimiento. Su corazón, en lugar de acelerarse asustado, siguió latiendo a ritmo lento.

No sabía qué ni quién era yo... Eso me sorprendió. Mi falta de chispa al responder... fue lo que me dolió. Incluso ahora, siglos después, sigo llorando por lo que se perdió: la innata y poderosa atracción de un varón monère hacia una reina monère. Lo que fui antes de morir y convertirme en una demonio muerta. Ahora apenas me percibían. Lo que una vez fue un fuerte e irresistible torrente que arrastraba —mi aphidy— ahora solo causaba un débil revuelo. Fui tonta por llorar por lo que se había perdido tanto tiempo atrás. Pero aquello que ya no posees suele ser después lo que más anhelas.

Las lágrimas me escocían en los ojos y me cegaban momentáneamente, así que tuve la impresión, más que verlo, de que él volvía la cabeza y sus ojos aún me seguían mientras se alejaba. Y eso me dejó perpleja. ¿Por qué me miraba si me consideraba humana, tal y como habían indicado los lentos latidos de su corazón? No había en ese caso ningún motivo para que atrajera su atención. Los monère no obtenían ningún placer al emparejarse con humanos. Hasta este monèrino muerto todavía me traía esto a la memoria.

El débil susurro del joven llegó nítido y claramente a mis oídos.

—Stefan, ¿ella es como yo?

El hombre, Stefan, apartó su mirada de mí y prestó de nuevo atención a su compañero.

—¡Chsss, Jonnie! —Su voz era suave, dulce, cálida, de barítono, vibrante.

Agucé mis sentidos y entonces lo percibí: el débil murmullo que indicaba la presencia del chico, un pálido reflejo del poder vibrante de los guerreros monère.

Ah. El chico debe de ser un mestizo. Mitad humano, mitad monère. El producto resultante de un emparejamiento desapasionado e irresponsable: la necesidad desesperada de una monère por engendrar vida, pero sin la intención de criar a un hijo impuro. Porque la sangre humana tentaba a los monère; así nacían, en esencia, como humanos, pero sin los poderes o los privilegios que otorgaba nuestra madre luna. Eso es lo que nosotros —ellos— éramos. Los monère, hijos de la luna. Criaturas sobrenaturales que habían huido de su planeta agonizante hace más de cuatro millones de años. El origen de las leyendas de los licántropos y vampiros.

Una mestiza... ¿eso creían que era yo?

Estuve a punto de reír. En más siglos de los que podía recordar, esta era la cosa más extraña que me había sucedido. ¡Que me confundieran con una monère! ¿Tanto habían cambiado los tiempos? ¿Qué le enseñaban a la gente hoy en día? O quizá se debía al inesperado lugar de nuestro encuentro. Al fin y al cabo, no es muy frecuente ver a demonios muertos deambulando de acá para allá. Si nos hubiésemos cruzado en la Gran Corte, él enseguida habría sabido quién era yo por mi piel dorada y oscura entre la blancura de azucena de los monère. Aquí, entre humanos, parecía bronceada o mediterránea. Hasta me pareció casi agradable que no lo supieran. Una novedad. Algo divertido.

Ay, hijo, qué equivocado estás. Y qué jóvenes sois los dos. Así es. Incluso tú, guerrero mío, a pesar de que tu poderío fuerte y vibrante resuena en mis oídos.

Él no podía tener más de cien años. Pero ¿qué eran cien años?

La tristeza me embargaba, y recordé aquello que ya se había ido. Todos cuantos había conocido en mi otra vida habían muerto y ya no estaban. Solo un puñado de mis amigos monère habían resistido, habían sido lo suficientemente poderosos como para hacer la transición y convertirse en demonios muertos. Y la mayoría de ellos se habían desvanecido de nuevo en las tinieblas de los siglos, que avanzaban como implacables soldados del tiempo.

Cuando el tiempo se alarga hasta el infinito, y todo lo que me resulta familiar y querido se deshace en el polvo y las tinieblas, todo salvo mi hermano, el único constante, entonces el tiempo no es una bendición, sino un enemigo. Algo que hay que soportar. Y cualquier cosa que rompa el aburrimiento es algo tan precioso como un tesoro.

La sangre de Stefan, o quienquiera que fuese, me atraía con sus latidos tentadores. Pero no lo podía tocar, porque yo todavía recordaba las estrictas reglas del reino monèrino... esa turbia comunidad de arpías. No probaste la propiedad de otro sin pedir permiso o sin que te otorgasen el derecho. Lo habría abandonado y seguido mi camino, continuando mi viaje sin rumbo en pos de demonios caprichosos que llevar de vuelta al infierno, tal y como era mi obligación, de no haberme dado cuenta de que tres humanos seguían a escondidas a Stefan y al chico, Jonnie.

Eran tres vagabundos de piel morena, arropados con abrigos largos de invierno que, como sombras, se detenían cuando su presa se detenía y seguían andando rápidamente cuando los dos reanudaban la marcha. El monère y el mestizo no advertían su presencia.

Intrigante.

Los seguí a una manzana de distancia. No necesitaba verlos, me bastaba olerlos. Su olor impaciente, ansioso y a sudor ácido; sus corazones latiendo rápidamente con la excitación de la caza.

Humanos estúpidos, ¿sabéis a quién vais a cazar?, pensé.

Vi que los tres agresores se acercaban al tiempo que, de repente, agarraban al chico, arrastrándolo a un callejón oscuro. Alertado, Stefan se dio la vuelta y persiguió a los hombres. Fue una escena borrosa, pues desapareció enseguida en el callejón, aunque tan solo se movía con la velocidad de un humano. El ruido de gruñidos y golpes llegó con fuerza a mis oídos procedente del callejón.

—¡Cuidado! —oí gritar al mestizo.

Me deslicé entre las sombras oscuras del edificio que atravesaban la calle justo a tiempo de ver como uno de los hombres apoyaba una ballesta en su hombro y disparaba una estaca afilada. Stefan la atrapó con la mano antes de que pasara rozándole y pudiera herir al chico.

La volvió a lanzar con un rápido movimiento y la punta impactó en la cara de quien la había disparado, haciéndole soltar el arco.

—¡Echa el agua bendita!

Le volcaron a Stefan un frasco de agua en la cara, pero no se percibió en el aire ningún grito de dolor, ningún hedor a carne quemada. Solo una mirada de asco en la cara de Stefan cuando se abalanzó sobre los hombres.

—¡Ya basta!

Pese a que eran tres contra uno, retrocedieron. Uno de ellos sacó una cruz de plata y la sostuvo delante de él.

—¡No soy un vampiro! —dijo Stefan.

Cuando el tercer hombre sacó una pistola, se acabó la diversión.

—¿Qué haces, Clarence? —dijo uno de ellos entre dientes—. No parece un vampiro, aunque tú dijeras que sí lo era.

—Pero ¡no es humano! —gruñó Clarence—. Ningún humano puede atrapar en el aire una estaca como él lo ha hecho. —Respiraba muy rápido, y la pistola temblaba en sus manos—. ¿Eres lo suficientemente rápido como para detener una bala?

—Yo no soy de aquí, tío. —Nerviosos, los otros dos hombres huyeron del oscuro callejón dejando solo a Clarence.

Stefan se quedó callado, sin hacer nada por esquivar o atacar a Clarence.

—Has cometido un error. ¿O es dinero lo que buscas? Con mucho gusto te doy mi monedero.

—¡Cállate! No soy un ladrón. Tú no eres humano, y yo voy a demostrarlo. —Apretó el gatillo. Me acerqué. Pero fue demasiado tarde.

—¡Agáchate, Jonnie! —gritó Stefan. Las balas silbaron, y la sangre roja floreció como una mancha de carmín en la camiseta blanca de Stefan cuando este recorrió la distancia como una exhalación, le quitó la pistola a Clarence y le aplastó la mano. Los gritos agónicos de Clarence surcaron el aire mientras yo corría hacia la retorcida figura que yacía en el suelo. El olor a sangre fresca embargó mis sentidos mucho antes de que esta empezara a brotar como un pequeño pozo de petróleo, latiendo por un agujero en el costado del chico donde

había penetrado la bala. Una arteria dañada por la que se desangraba con demasiada rapidez.

—¡Oh, virgen santa, Jonnie! —Stefan se arrodilló junto a mí, ajeno a la sangre que él mismo derramaba. No sabía que estaba herido, pero yo sí. Permanecía muy atenta a ello... al riquísimo olor de su sangre.

—Jonnie... tengo que llevarlo al hospital. —Aturdido, se agachó para tomar al chico en sus brazos.

—Espera.

Me miró entonces, sin verme apenas.

—No puedo. Se está muriendo.

Le hice retroceder con mi mano, y vi que se daba cuenta de mi fuerza... tan grande como la suya. No... mayor aún.

—Se está desangrando. Tenemos que detener la hemorragia —le dije—. Si tardamos un minuto más podría ser tarde.

—Yo no puedo hacerlo. No tengo el don de curar. —Y entonces dijo, más bajo—: ¿Qué eres?

Qué. No quién.

Sonreí. Vi asomar en él un gesto comprensivo al quitarme el guante de mi mano derecha y descubrir mis uñas afiladas como cuchillas.

—Puedo detener la hemorragia si me lo permites.

Tragó saliva. Alzó sus ojos, muy abiertos y desesperados, y se encontró con los míos.

—Entonces hazlo rápido. Te lo suplico.

Me agradó y sorprendió su súplica. Le habría ayudado a cualquier precio, aun en el caso de que nos hubiésemos peleado antes. Pero me gustaba no tener que perder tiempo y energía en refrenarle. Y la dulzura de su inesperada confianza era... agradable.

Dejé entonces que el poder ascendiera por mi cuerpo. Una llamada de mi profundo interior. Una rápida oleada salió desde mis entrañas, de quien era y de lo que era. Notaba que subía a la superficie burbujeando como lava ardiente. Lo sentía latir con fuerza desde mis profundidades, llenar mi pecho con un torrente ígneo y cosquilleante, y bajar por mi brazo y mi mano en una corriente ardiente y desbordante. Dejé que aquel poder líquido bajase hasta mi dedo índice, que avanzara hasta la misma punta de la uña, e introduje con

cuidado aquella punta brillante en el chorro de sangre, haciéndolo chisporrotear, hasta tocar la carne que había debajo. Gracias a que mis sentidos, bien despiertos, me guiaban, encontré el lugar exacto donde latía la arteria. Toqué a Jonnie en ese punto, dejando que mi poder fluyera y cerrase la herida. Ascendió un humo negro, y el olor cáustico a carne y a sangre quemadas golpeó mi nariz.

Quitó mi dedo de la herida de Jonnie, me aparté y detuve mi poder. Él seguía allí tendido, quieto e inconsciente, pero había dejado de sangrar.

De pronto, Stefan se tambaleó como un árbol derribado. Alargué la mano, lo sujeté con mi mano inmaculada de sangre y eché un vistazo a su espalda. Las balas le habían hecho unos agujeros pequeños en el pecho y otros mucho más grandes en la espalda. Cada herida de salida tendría al menos dos centímetros de diámetro. Le habían arrancado un buen pedazo de carne.

—Balas de punta hueca —observé.

—No han alcanzado el corazón. Me recuperaré —murmuró Stefan, pero yo me di cuenta de la verdad. Podía haber muerto si Clarence, el pistolero, hubiera apuntado un poco más arriba. Las puntas huecas podían haberle sacado el corazón... una de las formas de matar a un monère. Había permanecido inmóvil dejando que las balas le alcanzasen cuando las pudo haber esquivado sin ningún problema.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué te arriesgaste?

—Es difícil matarme —contestó, y entonces me di cuenta de que había intentado hacer de escudo humano con su propio cuerpo para proteger al chico. Pero, de todas formas, las balas lo habían atravesado y habían alcanzado al chico. Y Stefan había dejado que Clarence huyera. Una lástima, aunque también una acción prudente. La muerte de un humano habría empeorado las cosas.

Me dejaba perpleja este guerrero, por su piedad hacia el pistolero y su forma de proteger al chico. Los monère solían tratar a los mestizos como una raza de menor categoría, una casta inferior. No se ocupaban de ellos: los despreciaban.

—¿El chico es de tu sangre?

—No, pero es todo lo que tengo. Para mí es como un hijo.

—¿Y tu reina?

—No sirvo a ninguna reina. No tengo más hermano que Jonnie. Soy un descastado.

Un descastado. Un guerrero monère expulsado por su reina. O huido de ella antes de que esta lo matase por haberse hecho más fuerte que ella, por haberse convertido en una seria amenaza. Qué derroche. Pero esto explicaba muchas cosas.

Stefan perseveró.

—Por favor, te lo ruego. Tenemos que llevarlo a un hospital...

—Yo me encargo de eso —le aseguré. Me marché del callejón inmediatamente. Atraída por los disparos, una pequeña muchedumbre se había concentrado a la entrada. Un anciano de pelo gris vestido con un traje de ejecutivo y una chaqueta fina de lana hablaba muy rápido por el móvil.

—Llame a una ambulancia —le dije, secamente—. Le han disparado a un niño.

Asintió.

—Ya estoy hablando con la policía.

Me giré hacia otro curioso y lo miré a los ojos, mostrándole mis intenciones. Sus ojos se vidriaron bajo mi hechizo.

—Necesito tu chaqueta.

El hombre se quitó su chaqueta, larga y de piel negra, y me la dio.

—Gracias —murmuré. Nunca está de más ser educada—. Ya puedes marcharte y seguir tu camino. —Se fue obedientemente, con la mirada fija y ausente.

Regresé donde estaba Stefan; lo ayudé a levantarse y a ponerse la chaqueta. Se la abotoné hasta arriba ocultando la mancha de sangre. Mientras lo apoyaba en la pared del callejón, el ulular de las sirenas resonaba, lúgubre.

—Debes irte antes de que lleguen.

—No puedo abandonar a Jonnie...

—Me encargaré de que lo lleven al hospital.

—¿Por qué haces esto?, ¿por qué nos ayudas? —preguntó, repentinamente exaltado.

Porque me interesas. Porque interrumpiste el aburrimiento de mi errar infinito y eterno. Porque todavía te considero de mi gente.

Pero no dije nada de esto. En lugar de ello, esboqué una sonrisa traviesa y seductora, acorde con mi costumbre e intención. Dejé que esto se notara en mi voz, en mi cara, pero en cambio dije algo que a él le costaría menos creer.

—Porque volveré para cobraros lo que me debéis.

Se puso más pálido aún. Su corazón latía más fuerte, como el de un gorrión que de pronto descubriese que había sido capturado.

—Lo pagaré con mucho gusto. Gracias. Gracias por salvar a Jonnie.

Su gratitud me emocionó de un modo extraño. Para cubrirlo, me apoyé en él presionando mis generosos y extraordinarios senos sobre su pecho, y ronroneé:

—No me des las gracias todavía. Más tarde, cuando haya cobrado lo que me debéis. —Sonreí dejando mis colmillos al descubierto. Entonces hice por que los viera—. Guarda un poco de esa preciosa sangre para mí.

Miró fijamente mi boca, paralizado por un instante. Entonces, tragando saliva, me dio su dirección, en un complejo de apartamentos a varias manzanas de allí.

—Te esperaré allí —dijo, y se fue dando traspiés.



Stefan había oído hablar de los demonios muertos, pero no los había visto nunca. Les ocurría lo mismo a la mayoría de los monère, a menos que fuesen a la corte y llegasen a ver al príncipe Halcyon, gran príncipe del infierno y miembro del Gran Consejo que asistía con frecuencia a las sesiones parlamentarias. Pero en las pocas veces que Stefan había estado en la corte, no había llegado a ver al legendario príncipe al que toda su gente conocía y del que hablaban con temor y respeto.

Rara vez veían a los demonios muertos porque, entre estos, pocos eran tan poderosos como para pasar desde el otro reino al suyo. El infierno. Y solo se hablaba de los varones... del príncipe y del gran señor, cuyo retrato colgaba en los muros de la corte, y de los pocos demonios que a lo largo de los siglos habían atravesado el portal arrasándolo todo con su sed de sangre, especialmente de sangre monère. Pero nunca de las mujeres.

Los demonios muertos protagonizaban leyendas y pesadillas: el hombre del saco para los monère. Las madres enseñaban a sus hijos pequeños a temerlos y a evitarlos: «Cuidado con los demonios muertos». O bien eran bestias devastadoras o bien peligrosos seductores que se servían del placer para conseguir la sangre. Eran más fuertes incluso que su lord guerrero.

Solo que ella no le había parecido ni una bestia ni un monstruo, como rezaban las leyendas. Stefan ni siquiera sabía su nombre. Tenía una figura tan pequeña... un metro cincuenta, o sesenta como

mucho. Y era tan hermosa, tan radiante. Pelo de oro hilado, piel oscura como miel en sazón. Exuberante, con anchas caderas enfundadas en pantalones de cuero, y pechos generosos que estiraban su camiseta de seda color borgoña. Una cintura pequeña, de avispa. Y su forma de moverse, tan ágil y graciosa. Era la encarnación del sexo, con una sensualidad casi palpable.

En las conversaciones y en los temores de los guerreros no se mencionaba la bondad de los demonios muertos. Quizá era eso lo que más le descolocaba, su bondad, incluso después de saber quién era ella. Había sido buena con él y amable al cuidar a Jonnie... hasta que él le preguntó por qué lo hacía. ¿Por qué los ayudaba? Entonces asomó a sus ojos la crueldad amenazante, y luego el deseo ardiente. Aun así no la temía. Quería follársela, complacerla... ¿Cómo podía un hombre, herido como él estaba, hacer otra cosa sino temerla? Pues él no la temía.

Aunque no era sexo lo que ella quería. Era sangre.

Stefan se tambaleó por calles oscuras hasta llegar a su apartamento, situado en el tercer piso de un edificio de diez plantas. Se quitó la chaqueta de piel, que ahora pesaba más por la sangre, aunque era preferible llevar la prenda empapada a dejar un rastro sangriento que pudiera seguir alguien. Había sido imprudente al no darse cuenta de que había atraído la atención de cazadores humanos. Su costumbre de dormir por el día y su piel pálida habían llamado la atención de Clarence, haciéndole creer que Stefan era un vampiro. Resopló.

Durante los años que habían pasado desde que Stefan huyera de su reina, le había preocupado sobre todo el peligro de tropezarse con otros guerreros monère que, en caso de encontrarse con él, no dudarían en matarlo, a él, un descastado. Había pasado por alto el peligro que podrían suponerle los humanos.

Había abandonado su vida anterior cuando su reina empezó a limpiar de nuevo su casa y mató a su guerrero más fuerte, Geoffrey, su capitán de armas. Utilizó a Stefan como instrumento y sustituto de Geoffrey. Él había decapitado a su amigo porque no tenía otra opción; le habían ordenado que lo hiciera delante de ella. Entonces huyó, porque en unos cuantos años le tocaría a él. Su muerte con

algún pretexto o por capricho. Había huido porque, si hubiera permanecido, habría tenido que matar a su reina en lugar de servirla. Al matar a su amigo le había tocado la china.

Ella no había sido buena ni mala. Solo despiadada. Mataba a sus mejores guerreros cada diez años aproximadamente. Él no la había amado. Había llegado muy tarde y con demasiada edad para interesarse sexualmente por ella. Antes tampoco la había odiado. Ahora sí lo hacía. Así que huyó al amanecer, mientras la luz del sol quemaba su piel, y sus hermanos de armas dormían profundamente.

Había huido a través del país viajando por la periferia, donde las patrullas eran menos frecuentes, escondiéndose entre los humanos en pueblecitos y no en los bosques, donde le habrían dado caza. Había viajado así durante un año, aprendiendo a entender las costumbres de los humanos, desempeñando tareas aquí y allá que le permitiesen trabajar por las noches.

La soledad casi lo mata. Su espíritu se había hundido, su corazón se había vuelto apático. No tenía objetivos ni proyectos, ni nada honorable a lo que servir... Eso le importaba más que no poder disfrutar ya, ni poder beber a la luz de la luna... eso le había arrebatado la vida lentamente así como su deseo de vivir. Hasta el día en que oyó un grito de madrugada camino del trabajo, y encontró a un bebé recién nacido abandonado en la parte trasera de un hospital. Su apariencia algo familiar llevó a Stefan a recogerlo. Sostuvo al bebé en sus brazos, y supo que en él había mezclada sangre humana y monère, y que había sido abandonado por su sangre impura. Miró esos ojos marrones e inocentes, y sintió que el amor y el interés por la vida renacían en él.

Desde entonces, Jonnie había sido su razón para vivir. Y ahora esta mujer, este demonio. Al encontrársela esa noche, se había sentido como al sostener al bebé recién nacido. Algo emocionante. Algo que volvía a nacer.

Corrió las cortinas de la ventana y se duchó aprisa. Se vendó con fuerza, para frenar la sangre que salía. Esta sangre que ya no era suya y no podía derrochar con libertad; ahora era de ella. Así que hacía lo posible por conservarla. Se metió en la cama arrastrándose, y perma-

neció allí quieto, en silencio, dejando que su cuerpo empezara a curarse. Esperando pacientemente a que ella viniera.

Las horas pasaron en un sueño reparador hasta que el timbre de la puerta sonó y le despertó. Antes de abrir la puerta, Stefan se dio cuenta de algo que no había advertido antes... la ausencia de un corazón que latiese. Nada del revuelo que causaría un lento y profundo latido. Solo en eso confiaban los monère para detectar la presencia de intrusos en su entorno. No había nada que le avisase de la llegada de ella, salvo un susurro que indicaba su sigilosa presencia.

Ella entró en silencio, moviéndose con su gracia lánguida y ondulante, balanceando las caderas suave, sensualmente.

—Jonnie está bien. Perdió mucha sangre, pero los médicos se la están reponiendo. Los órganos vitales no están dañados. Se pondrá bien.

Stefan rebotaba alivio y gratitud; esto le hizo despertar, mientras el deseo lo arrastraba hacia ella, como si fuera una flor recién abierta y él una abeja famélica. Quería tocarla; ver si era real, palpable. Si era distinta a su gente. Había tanto mito y misterio, tanto temor y miedo asociados a los demonios muertos, aquellos seres míticos de otro reino.

Entonces la tocó, tal y como quería. Tomó su mano y la sostuvo en la de él. Notó en los dedos su piel cálida y suave. Era real, tan palpable como cualquiera de ellos, salvo que su piel era más oscura, de un matiz más intenso. Sombras de un marrón brillante y oro reluciente.

—Fuiste muy buena al quedarte más tiempo del necesario para ver si Jonnie estaba bien.

Con delicadeza, ella se libró de su mano. Apartó sus uñas afiladas, letales, evitando el roce con la piel de Stefan.

—La policía. Tuve que contestar todas sus preguntas sin mencionarte. Les di una descripción detallada de los tres hombres. —Se rió de repente—. Especialmente de Clarence, el pistolitas. Después vinieron todos los malditos formularios en el hospital. Montones y montones que había que rellenar. Me inventé la mayor parte de la información. Espero que no te moleste.

Él negó con la cabeza.

—No me molesta. Les pagaré la factura, y luego tendremos que abandonar este lugar cuando Jonnie esté mejor.

—¿Es seguro quedarse aquí tanto tiempo?

Él se encogió de hombros.

—Por ahora tan seguro como estar en cualquier otro lugar. Le aplasté la mano al agresor. No creo que intente hacer nada hasta que no se haya curado. Para entonces ya nos habremos ido.

—Cuando despertó, Jonnie preguntó por ti. Le dije que estabas herido y que no te habías podido quedar allí, pero que estabas bien.

—Estoy en deuda contigo —dijo él, educadamente.

—Sí, lo estás —murmuró ella; y miró el apartamento con curiosidad. Era una casa llena con el confortable desorden de la vida: libros alineados en los estantes, cedés simétricamente apilados junto al reproductor. Un balón de baloncesto, un bate de béisbol y un guante se amontonaban en una caja junto a la puerta. Por todas partes indicios de Jonnie que delataban la importancia del chico en la vida de Stefan.

—¿Cómo puedo compensarte? —preguntó Stefan.

Ella pestañeó con sus ojos oscuros y sensuales, y los fijó en él.

—Tengo sed.

—¿Qué puedo darte para beber?

Ella rió levemente.

—Sangre.

Él respondió sin alterarse.

—Mis venas están abiertas, a la espera de tu primer mordisco.

La sonrisa de ella se hizo más amplia. Estiró sus labios hasta que él pudo ver sus dientes pequeños, blancos y simétricos. Aún no había colmillos.

—Bien —murmuró ella, abalanzándose sobre él—. Has recordado tu compromiso. —Sus pechos y caderas rozaban su costado sano, y las afiladas puntas de sus uñas descansaban sobre su pecho desnudo. Él no hizo ningún movimiento para zafarse de ella, ni su corazón se aceleró por el miedo. Permanecía allí voluntariamente, como una oveja silenciosa, esperando que ella le perforara, le pinchara.

—Déjame ver tu herida —dijo ella, quitándose de encima. Obedeció en silencio, desenvolviendo el vendaje.

Ella frunció el ceño. Había empezado a curarse, aunque no tanto como ella hubiera esperado en alguien del poder que tenía él. Aun así, lo que fueron dos agujeros enormes ahora eran carne cicatrizante, reducidos a una tercera parte de su tamaño anterior, pero todavía crudos y con jugosa humedad.

Ella olió las heridas largo rato, el sanguinolento aroma que la tentaba y le hacía preguntarse a qué sabría él. ¿Sería a miel dulce? ¿O más bien a la acidez de un cítrico?

—Ven al dormitorio. —Tomándola de la mano, Stefan la llevó a la cama; allí se tumbaron recostados en el colchón. Ella yacía detrás de él; le presionaba la carne con las puntas de sus pies.

Él tembló al contacto con ella. No de miedo, sino de placer.

—Por favor, dime cómo te llamas.

—¿Por qué? ¿Nunca te ha mordido una demonio muerta?

—Quiero saber tu nombre para recordarte.

—Un tonto sentimental —murmuró ella, y clavó sus uñas levemente en él.

Él dejó escapar un grito.

—Me llamo Lucinda.

—Lucinda —repitió el nombre, paladeándolo—. Yo me llamo Stefan.

—Ya lo sé. Ella apretó los labios contra la curva de su espalda y sacó la lengua para saborear su piel. Él jadeó y sus músculos se tensaron, de suspense más que de miedo.

Su piel era tan blanca, tan tierna. Ella quería verla resplandecer, con luz brillante. Pero él estaba débil, estaba herido, y se curaba lentamente. Así que ella decidió no usar sus poderes, ahorrarle la conmoción y el estremecimiento que causaban estos. Le frotaba ligeramente con sus manos, jugaba sobre él con sus labios. Lo saboreaba con su lengua, con su boca. Chupando, lamiendo, bordeaba los contornos de sus heridas de la espalda. Finalmente, probó su sangre.

Era dulce. Dulce miel.

Gracias a ese sabor, Lucinda sentía fluir en ella el palpitar de su poder latente. Le chupó y chupó. Su corazón se endulzó con el poder y el voluptuoso sabor de Stefan. Ah, qué festín sería él. Pero todo lo que ella quería hacer hoy era jugar con él.

Sus colmillos emergieron, y su hambre salvaje renació rugiendo como un ser viviente, como algo que respiraba. Pero ella lo dominó, lo ató corto manteniendo al monstruo a raya —él estaba demasiado débil para alimentarla— y siguió lamiendo delicadamente el néctar color borgoña que emanaba de sus heridas, rebañándolo con su lengua. Le arrancaba deliciosos gemidos y espasmos a su cuerpo.

—¿Te hago daño? —preguntó ella con un ronroneo gutural.

—No... sí. No lo sé. Creo que me sienta bien.

Se levantó y pasó por encima de él. Se tumbó frente a él, de modo que podía ver su cara, mirar sus ojos. Eran color avellana, una cálida mezcla de azul intenso y verde vivo.

—Mi saliva tiene un elemento curativo —dijo ella, bajando las puntas de sus uñas por la cara de él en una caricia peligrosa—. Si quiero, puedo aliviar el dolor y detener la hemorragia.

—Y si no quieres, ¿podrías agrandar la hemorragia?

—Buena pregunta.

—¿Ese poder lo tienen todos los demonios muertos? —preguntó Stefan.

—La mayoría tenemos esa capacidad.

Él sonrió, y una sonrisa torcida y desigual se perfiló en una esquina de su boca. Una imperfección atractiva. Eso la calentaba, permanecía en su mente mientras se escabullía más abajo, hasta que su cara estuvo a la altura de las dos heridas de su vientre, todavía visibles cuando deberían haberse cerrado por completo. Con delicadeza, puso su boca sobre un agujerito, pasó su lengua sobre él, e hizo que Stefan suspirase profundamente. Lo estaba sellando con los labios. Succionó un instante... ni muy flojo ni muy fuerte, en la frágil línea entre ambos. Él temblaba mientras ella se desplazaba al segundo agujerito y lo limpiaba, también, con la deliciosa espiral de la lengua.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Oh, Diosa mía.

Estando tan cerca de su muslo, Lucinda no podía dejar de sentir el bulto creciente. Una enorme sorpresa, porque no había usado ninguno de sus poderes con él, nada aparte de su tacto. Aquello estaba hinchado y lleno; crecía en un homenaje silencioso, implorando tocarla. Ella alzó la vista hasta sus ojos de mar revuelto, y vio como la excitación hacía que aquellos ojos brillasen como gemas. Tocó sus mejillas encendidas, su nariz abierta. Se sintió arrastrada irresistiblemente hacia aquella encantadora, alta y viril montaña. Incapaz de resistir, apretó su mejilla contra ella, que se frotaba contra su dureza y ronroneaba como una gata. Los gemidos y quejidos temblorosos de Stefan sonaban en sus oídos como una canción inesperadamente dulce.

Se retiró sorprendida.

—Quieres poseerme.

—Sí.

—Estás herido, lesionado.

Sus ojos la enardecían.

—Me encuentro mucho mejor.

Ella rió, y restregó su cara otra vez contra la gruesa hinchazón.

—Parece que sí.

—Hace tanto tiempo que no he estado con una mujer. ¿Puedo tocarte? —preguntó él, y captó un leve destello en sus ojos (¿sorpresa?, seguramente no) antes de que los cerrase.

—Si quieres.

—Sí quiero. De buena gana. —Alzó las manos y las pasó suavemente por su pelo, acariciando con los dedos sus largas trenzas—. Qué fino y qué sedoso —descubrió él—. Como oro hilado. —Enrolló los largos rizos en sus puños, los estrujó con fuerza un instante, y entonces soltó las sedosas hebras. Deslizó las manos para rozar la piel desnuda de su cuello. El tacto de los dedos encallecidos resbalando por ella hizo que Lucinda sintiera un delicioso escalofrío por la espina dorsal.

—¿Te gusta —preguntó él— sentir mis manos sobre tu piel?

—Sí. —Otra vez un destello de emoción en los ojos de ella.

—¿Por qué te sorprendes? ¿Es que nadie te ha tocado como yo?

Ella sonrió con su forma lenta de estirar los labios... traviesa, lasciva, irónica.

—Suelo ser yo la que toca, mientras ellos están rígidos de miedo. —O luego, en la agonía del embeleso causado por sus poderes mágicos, cuando ella los seducía para beber su sangre, la agarraban con avaricia y desesperación. Nunca estas caricias amables, sencillas y entregadas. La tocaba como si fuera delicada y hermosa. Algo frágil. Algo adorable. Justo lo que ella no era.

Se retiró, confusa.

—Por favor, no te apartes. Déjame tocarte. Déjame complacerte.

—¿Por qué? —Sus ojos oscuros escrutaron la cara de él.

—Porque quiero tocarte. Porque nos ayudaste cuando no tenías por qué hacerlo. Porque me daría placer darte placer. Tocar otra vez a una mujer.

Tocar. *¿Cuánto tiempo hace que no te han tocado?*, se preguntaba ella. Lo mismo le sucedía a ella. *¿Alguien que la tocara gustosamente, para darle placer?*

Ella suspiró, consintiendo en silencio, incapaz de rechazar aquella ofrenda. No solo el tacto, sino la confianza de que ella no le iba a herir. Esto era más agradable, más valioso. Se deslizó lenta, sensualmente, y puso todo su cuerpo sobre el de él.

—Sí, tócame.

Aquello era como un banquete ofrecido repentinamente a un hambriento. El corazón de Stefan se sobresaltó; le temblaron las manos. Con tacto delicado, aunque inseguro, acarició levemente con sus dedos los hombros de ella. Cuando no protestaba, y solo parpadeaba con sus pestañas oscuras y color canela, él acariciaba más firme la lustrosa ondulación de su espalda, haciéndola arquearse levemente, de modo que sus senos acariciasen el pecho de él, haciéndole suspirar.

Ah, aquí está el tesoro. El deseo de más surgió con fuerza. Pero Stefan lo contenía; sus manos seguían moviéndose delicadamente, deslizándose pacientemente por las caderas, tan curvas. Bajaban y resbalaban para regresar de nuevo a su rica feminidad, acariciando los prominentes montículos de su culo... exuberante, desbordante. Suave, succulento y firme. Los estrujó, llenó sus manos con aquella

abundancia, y luego las sumergió en el valle que había entre ellos, deslizándolas desde la cima de la hendidura hacia abajo del todo, hasta el punto más ardiente. Se detuvo ahí, merodeando. Sentía el calor, el ardor que aumentaba allí abajo, saboreando el fruto maduro de su labor.

Retiró sus manos, y ella se apartó un poco molesta, decepcionada. El brillo de sus ojos reflejaba el calor que ascendía lentamente por su cuerpo. Stefan sonrió y alzó los dedos, acariciando los bordes de su estrecha cintura.

—Déjame sentir tu piel.

Ella asintió con ojos lánguidos, opacos, indescifrables, color chocolate negro. Él la agarró de la blusa de seda y tiró de la cinturilla, dejando desguarnecida la carne suave que había debajo, y que él tanto ansiaba tocar y explorar.

Finalmente... el éxtasis. La piel sedosa bajo sus manos curtidas. Quiso ver lo que disfrutaban sus manos. Levantó la cabeza para gozar con sus ojos y sus manos. Le levantó la camiseta lentamente —una provocación de seda—, mostrando poco a poco la piel dorada y desnuda. Sus manos temblaban ante la visión de lo que dejaban al descubierto, la suave carne femenina, la maravilla de palparla, acariciarla. El contraste de sus manos blancas con la oscuridad melosa de ella. Su receptividad cuando pasó las manos por la tersura de su vientre le pareció más preciosa que la luz de la luna.

—Qué suave eres —murmuró, contento y maravillado—. Fina y suave. Ágil y firme. Preciosa, preciosísima.

Lo atrajo la tímida depresión del ombligo, y siguió su llamada silenciosa pasando un dedo por el contorno; después lo hundió en busca de secretos ocultos. Ella suspiró, la diosa dorada, mientras él la perforaba de esta forma discreta. Ella puso su mano sobre la de él como una bendición radiante, piel morena sobre blanca, la larga y afilada curva de sus uñas relucía como elegante marfil. Otra diferencia para explorar.

Dejando su mano bajo la de ella, movió la otra mano libre —qué maravilloso era tener dos— y acarició aquellos dedos esbeltos, tan

pequeños, mucho más pequeños que los suyos. Delgados y elegantes, pero también hábiles y fuertes.

Levantó la mano de ella, se la llevó a la boca, besó la piel fina del dorso, aspiró su fragancia sutil y suave. Aquella mano preciosa era toda para él. Para girarla y presionar sus labios contra la palma. Piel tan firme como fina. Suave, sin durezas, suave pero también dura. Mano de dama, y también de guerrero. La probó con su lengua. La acarició a lo largo de las líneas de la palma. Apoyó en ella su lengua y la introdujo entre sus dedos. La sintió suspirar y temblar mientras él lamía con más fuerza. Sus labios recorrieron el elegante dedo, y surcó la suavidad de la uña con su lengua sensible. Se quedó quieta, helada, mientras él exploraba la punta afilada.

Pese a las precauciones de Stefan, aquel filo de cuchilla punzó su lengua, y el sabor metálico y dulce de la sangre llenó el aire, olor a sangre fresca frente a sangre seca. Los ojos de ella se vieron atraídos irresistiblemente hacia la boca de él.

—Bésame —dijo él—. Pruébame.

Él vio como aquellos ojos oscuros y preciosos se llenaban de otra apetencia. Vio como la boca de ella se movía hacia la suya. En ese momento sintió la dulce presión de sus labios suaves contra los suyos; la húmeda caricia de la lengua contra su boca, pidiendo entrar en ella. Separó los labios y los abrió para ella. Ella entró, buscó y encontró la lengua sangrante. La guió hacia la caverna húmeda y cálida de su boca. Al principio la chupó con delicadeza, murmurando su placer por el sabor inicial. Luego la atrajo con hambre. Más fuerte, más duro, con succión casi dolorosa.

Él dejó escapar un sonido —doloroso o placentero, no podía decirlo— y ella se relajó sobre él tras un escalofrío. Los brazos de Stefan la rodearon, tan pequeña y frágil en sus brazos, y la suavidad y la solidez de su cuerpo presionaron sensualmente su dureza. Él acarició su lengua con la suya y exploró con delicadeza sus colmillos afilados. Recorrió la turgencia blanda y suave de sus labios, disfrutando su sabor fuerte y ácido.

Esa lengua era la provocación más exquisita, y Lucinda también lo saboreaba a él. De repente, antepuso su hambre. Postergó, por

un momento, la otra apetencia que él le había provocado: la apetencia de piel. La necesidad de sentir el cuerpo de otro contra el tuyo, el calor y el roce de la carne desnuda contra la carne desnuda.

—Bebe de mí. —Se lanzó él hacia sus labios, besándola una y otra vez en la boca. Aprendió el perfil de su labio inferior, los picos superiores y los rincones ocultos—. Bebe de mí.

Él buscó deliberadamente las partes más peligrosas de su cuerpo, sin temerlas. Amándolas. Hizo que Lucinda temblara encima de su cuerpo... su voz, sus palabras; sus manos, sobre su cintura y abiertas sobre su vientre, tocaban íntimamente la piel mientras besaba sus labios y recorría sus colmillos con la lengua. La imagen de él llevándose su dedo y su uña letal y afilada a la boca... inundaba su mente de ricos estímulos.

—No —dijo ella, muy cerca de sus labios—. Me basta con probar tu sabor.

Un beso suave selló sus labios.

—¿Por qué?

—Estás herido. —Entonces, siendo él tan tentador, ella dijo—: Quizá más tarde, cuando estés bien.

Los labios de él avanzaron para explorar la dulce curva de sus pómulos, para mordisquear el tierno lóbulo de su oreja.

—¿Habrás un más tarde?

Mientras Stefan respiraba delicadamente junto a su oreja, ella sintió un escalofrío.

—No lo sé.

La lengua mojada de Stefan hurgó en su oído, acariciándolo suave y a fondo, haciéndola retorcerse contra él.

—Tienes hambre —dijo él—. Déjame alimentarte.

Algo en ella se maravilló de cómo podía hacerla temblar de ese modo, ofreciéndole gustosamente lo que ella solía tomar por sí misma.

—No. Me pones a prueba, y eso no está bien. Eres muy, pero que muy sabroso. Si empiezo, no pararé hasta que haya tomado más sangre de la que puedes permitirte perder.

—¿De verdad soy tan sabroso? —preguntó, estúpido y complacido.

—¿Qué?

—Que si soy tan sabroso.

Ella sonrió.

—Sí, Stefan. Tienes un sabor potente, delicioso, dulce y jugoso.

—Lucinda —dijo su nombre como una caricia—. Mañana. Mañana puedes tomar de mí lo que quieras. Para entonces estaré más recuperado.

Ella le lanzó una mirada torva, con ojos provocativos, cínicos y perplejos.

—¿Por qué?

Las largas pestañas de Stefan bajaron, abanicando sus mejillas.

—Porque me agradecería darte lo que necesitas. Servirte aunque sea de esta forma tan humilde.

—¿Por qué? ¿Por qué te agradecería?

Sus ojos se alzaron hacia los de ella, tristes y perdidos.

—¿No es eso lo que nos inculcan a todos los guerreros monère, el deseo de servir a su reina?

Estas palabras se clavaron en ella como un puñal. Se apartó bruscamente.

—Ya no soy una reina monère, sino una demonio muerta. No puedo ser tu reina.

—Por favor, no te apartes. —Sus brazos la rodearon, la sujetaron por detrás—. Lo siento.

Ella podía haber escapado fácilmente, pero no lo hizo. Permaneció un momento en la comodidad agridulce de su abrazo, en un silencio frágil y quebradizo.

—Perdóname. Hablé sin pensar. —Los labios de él besaban su pelo, y trazaba continuamente un círculo en el dorso de la mano de ella—. Si no me dejas aliviar tu hambre esta noche, déjame satisfacerte de otro modo —dijo él con un murmullo ronco.

Ah, qué palabras salían de su boca. Qué deseos le despertaba él. Pero lo que uno ansía no siempre se puede conseguir.

—Quizá no seamos compatibles, no tengamos química, como un humano y un monère.

—No creo que sea nuestro caso. Sé que mi tacto te causó placer.
—Su voz sonaba segura, arrogantemente viril.

Ella se revolvió para ponerse frente a él, apenada y divertida a la vez. Conmovida por él.

—Pero, a cambio, ¿te dará placer mi tacto? Solo mi tacto, sin adornos de magia o cualquier otro poder.

Él ofreció de nuevo su sonrisa esquinada y provocativa.

—Tengo muchas ganas de saberlo. Es algo que merece la pena investigar, en pos de la ciencia, claro está.

Lucinda sonrió lenta, perversamente; era una sonrisa que contenía al tiempo maldad y sensualidad, que insinuaba dolor y alegría, y que a él le quitó el aliento y le causó una erección inmediata.

—Ah, sí. Entonces, esta erección es nuestro cometido. —Ella lo acarició descaradamente con la mano, agarrándolo, midiendo su tamaño. Sentía que crecía y latía bajo la presión de su mano—. Menuda, menuda erección.

—Santo cielo —suspiró Stefan, y se encontró de repente tumbado, con ella tendida sobre él.

—No te muevas. —Ella enganchó delicadamente la cremallera con la punta de la uña y tiró hacia abajo.

Ver esas uñas acechando tan cerca de su ingle hacía temblar a Stefan, se le dilataban los ojos de miedo y placer. Sin embargo, la impaciencia guiaba sus movimientos al deshacerse de los pantalones, mostrándose desnudo ante ella.

Era hermoso. Tan blanco que su palidez era casi luminosa. Una mezcla exquisita de poder y gracia, de belleza y masculinidad. Piel blanca cremosa enmarcada en la negra oscuridad de su pelo esparcido por todo el cuerpo. Sus ojos se habían oscurecido, y ardían de calor y excitación, encuadrados bajo largas y negrísimas pestañas. El rojo brillante de sus labios, turgentes e hinchados por los besos. Las venas azules surcaban la blanca perfección marmórea de su piel como un delicado aguafuerte.

Lucinda bajó a su cuello. Aspiró, provocativamente, la energía que subía y bajaba justo bajo aquella capa de piel, concentrada en el punto donde pulsaba cada lento latido de su corazón.

El aroma a sangre se espesó en el aire, y su sabor persistente le llenó la boca. Mientras ella aspiraba aquel aroma sabroso y lleno de vida, el invisible poder de Stefan se desvanecía al contacto con la piel de Lucinda. Casi la emborrachaba con su fuerte olor, mientras ella seguía aquellas venas de mármol bajo el movimiento de su pecho, y luego por la llana meseta de su vientre. Hasta llegar finalmente a su potente virilidad erguida, enrojecida y oscuramente hinchada por la sangre.

Ella frotó su nariz por el miembro aterciopelado. Lo acarició con sus pómulos, piel desnuda frente a piel desnuda. Qué hermoso era. Suave pero tenso, duro pero tierno. Tan potente, tan sabroso. Tan tentador que tuvo que pasar sus labios sobre él. Stefan gritó, se levantó y la abrazó con fuerza. Su olor, sus latidos y su increíble vitalidad resultaban tan tentadores que el hambre y la contención que sintió al tenerlo tan cerca de su boca le hicieron temblar.

Un poco. Solo un poco.

Casi en contra de su voluntad, sacó la lengua y lamió aquella cabeza redonda. Y la piel de Stefan empezó a brillar suavemente con aquel beso de luz, como la luna saliendo en la noche. Como si la casa lunar de ambos estuviese dentro de él; y en realidad una parte de él lo estaba. Era un verdadero hijo de la luna: monère. Descendientes de otra raza, de otro mundo. Un pueblo que solo resplandecía con el placer; no brillaba con los humanos. Pero Stefan brilló para ella.

—Por favor —dijo Stefan, con voz forzada.

Lucinda sabía lo que él quería... que lo metiera en su boca. Lo que más deseaba ella, también. Temblaba con el autocontrol que tenía que ejercer para no hacerlo.

—Mis colmillos... —dijo ella emocionada.

Stefan se dio cuenta en ese instante. De nuevo era consciente de su sed de sangre. Y de la sangre que se estaba acumulando allí abajo, inflamando aquel lugar donde el hombre es más fuerte y vulnerable. La consciencia dilató sus ojos aún más, hasta volverse un mar de negrura, invadiendo el borde azul y verde del iris.

—¿Puedes saborearme como lo hiciste con mi lengua? ¿Un pinchacito?

Lucinda se estremeció violentamente por lo que le ofrecía.

—¿Te fiarías de mí? ¿Dejarías que lo hiciera?

—Sí, por favor.

Querida Diosa, rezó Lucinda. Ayúdame a controlarme. Déjame complacerle. No causarle daño.